

LOS ORÍGENES DE LA PIRATERÍA BERBERISCA

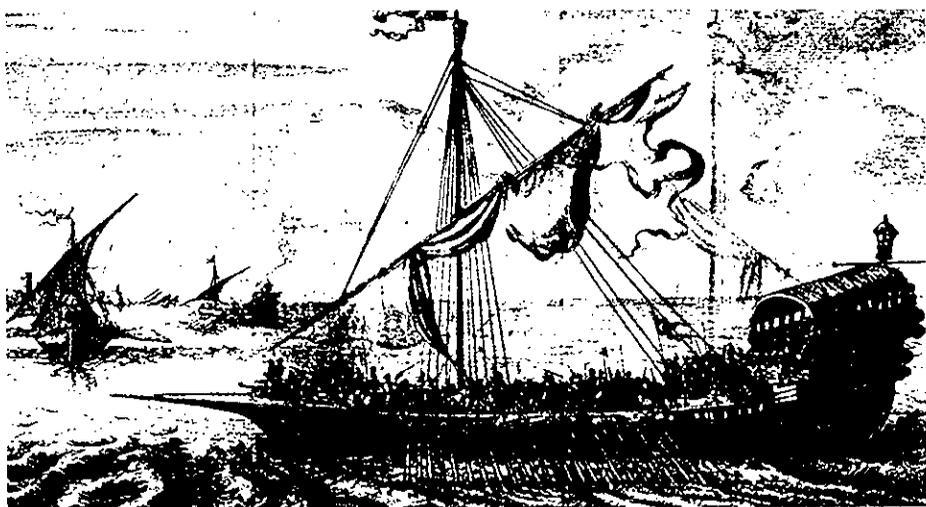
José M. GUTIÉRREZ DE LA CÁMARA SEÑÁN



URANTE más de doscientos años España sostuvo una lucha sistemática contra la piratería berberisca, que no fue sino continuación de la Guerra de la Reconquista, y que abarcó un largo periodo que ocupa desde la conquista de Granada por los Reyes Católicos hasta el resurgimiento de la Marina con los primeros Borbones.

Los términos de pirata y corsario no estaban bien delimitados en la Edad Media y principios de la Moderna, confundiendo las acepciones tanto por parte de los cristianos, al referirse a turcos y berberiscos, como de los mahometanos al referirse a los cristianos. Parece que la palabra corsario se deriva de *kardán*, que en árabe equivale a pirata, aunque los moros utilizaban la palabra *ghazi* en este sentido, y *ghazawet* para las razias marítimas que efectuaban sobre nuestras costas. Más adelante quedaron los conceptos más diferenciados, correspondiendo el de pirata a quien recorre los mares por su propia iniciativa para cometer actos de depredación, en tiempos de paz y guerra, a los buques de todas las naciones, haciendo solamente las distinciones necesarias para asegurar la impunidad de sus fechorías. Los corsarios estaban, sin embargo, sometidos a un Estado, actuando con beneplácito y autorización de éste, y dirigiendo su actuación solamente contra los buques de otros Estados enemigos de aquel al que prestaban sus servicios. No discrepaban demasiado en la manera de actuar, puesto que ambos empleaban los mismos métodos expeditivos, y frecuentemente los corsarios traspasaban la frontera de lo que les estaba permitido, convirtiéndose en piratas, y a los que sufrían sus ataques les servían de poco las sutilezas legales que marcaban la diferencia. De lo que no había duda era de que el pirata representaba al hombre perseguido por la Ley, no solamente como enemigo de un estado sino, en general, de la sociedad, cuyos fundamentos agredía en personas y propiedades utilizando la violencia tanto en alta mar como en las costas.

El Mediterráneo, escenario principal de los hechos, es un mar circundado por las grandes cordilleras: Penibética, Alpes, Apeninos, Balcanes, Taurus, Atlas, etc., con gran cantidad de islas en su cuenca oriental y, aunque cuenta con fosas profundas —como la situada a levante del cabo Matapán, de más de



Galera berberisca. Grabado existente en la Bibliothèque Nationale. París.

4.000 m—, es por término medio un mar de limitada profundidad, con escásima marea e influido en su régimen atmosférico por las bajas presiones que se forman en el Sahara durante el verano y los máximos de la Europa Central en el invierno, presentando además particulares condiciones locales en los golfos próximos a las montañas que lo circundan.

Si siempre las condiciones meteorológicas han sido importantes a la hora de hacer un planeamiento de operaciones, en los tiempos de los piratas berberiscos, en los que la navegación se hacía a remo, y en los albores de la vela, constituían un factor determinante, sobre todo en la cuenca occidental mediterránea tan escasa de puertos. Por esta razón, los cruceros de los piratas normalmente empezaban en abril o mayo y finalizaban en septiembre para de este modo aprovechar los vientos estivales de levante. A pesar de que la limitada extensión del Mediterráneo no permite que las olas alcancen excesiva amplitud y altura, los vientos son frecuentemente violentos en invierno y tanto las tramontanas, mistrales y boras de las costas europeas como los khamsin y simún de las africanas, o los levantes, leveches y sirocos de ambas orillas, eran temibles para las ligeras embarcaciones utilizadas por los piratas. El problema se veía acrecentado por las características propias de las costas de Berbería, por regla general rectilíneas y poco accidentadas para formar puertos naturales de abrigo, incluso para embarcaciones de escaso calado como las galeras, galeotas, fustas, saetías, jabeques, cárabos, zabras, etc. que solían usar aquellos piratas que procuraban resguardarse en las desembocaduras de los ríos y esteros, tras las barras de los mismos, o bien en los estrechos canales formados entre los islotes costeros y el litoral.



Caballería hispana en Orán.

En la política mediterránea se hace imprescindible destacar las posiciones estratégicas de los dos frontones de ambas cuencas: el del Asia Menor, desde Egipto a Anatolia, con las magníficas bases del Golfo de Alejandría, Smirna y Mar de Mármara, y el del África Menor, muy próximo a nuestras costas, que va desde el cabo Espartel al cabo Bueno.

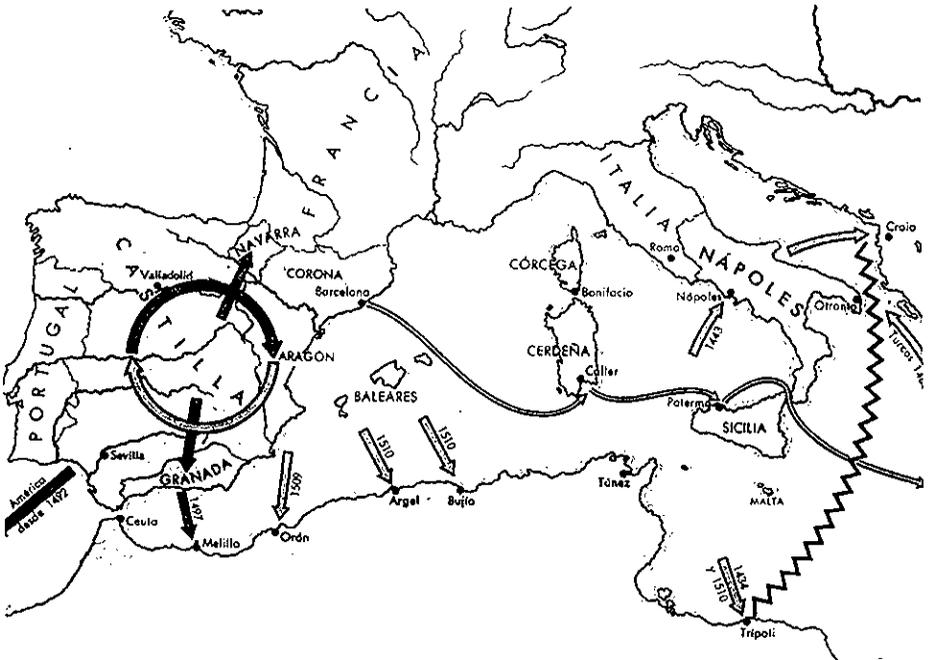
La posesión de cualquiera de estos frontones constituye una amenaza para los restantes estados ribereños de las respectivas cuencas, ya que desde ellos se dominan las vías marítimas comerciales, y porque dan paso a los contingentes humanos de razas guerreras de Asia y África. Este valor estratégico es conocido desde la más remota antigüedad y de él hablan los nombres de Salamina, Actium, Myles, Ecnomo, Sorrento, Lepanto, Agosta y Abukir, entre otros:

Al ser el Mediterráneo un mar de comercio marítimo intenso, existieron piratas desde los tiempos más remotos, ya que a través de ellos tuvieron lugar los primeros contactos de Oriente con el hombre ibérico, que se vio obligado a construir burgos fortificados para defenderse de ellos, tal como la arqueología ha demostrado. Existieron piratas en los periodos griego, cartaginés y romano, aunque en este último fueron reprimidos con energía por Pompeyo, que logró un largo periodo de relativa tranquilidad. Siguió en auge de la piratería durante la dominación visigoda y con los emiratos musulmanes (711 a 912), apareciendo en esta etapa un pueblo extraño en el Mediterráneo: los vikingos o normandos.

El particular sistema orográfico de nuestra Península aísla las altas mesetas centrales de las cuatro zonas litorales, y la priva de ríos y canales navegables, lo que dio lugar a que nuestros invasores mahometanos —berberiscos en su mayoría—, al establecerse al sur de la Península, dominasen el litoral meridional desde los Algarves hasta el Ebro, y desarrollaran una Marina que los reinos de Aragón y de Castilla no lograron hasta el siglo XIII. Las costas de Mauritania se convirtieron en nidos de piratas, sobre todo Tánger, Ceuta y las costas de Tremeccén, dando muchas complicaciones al Califato de Córdoba que, una vez independizado bajo los Omeyyas, desarrolló un intenso comercio marítimo con Alejandría y con los puertos de Siria.

Abderramán I creó la Marina del Andalus, y se construyeron las embarcaciones, partiendo de modelos traídos de Constantinopla, en las atarazanas de Sevilla, Cartagena y Tortosa. Se establecieron apostaderos en Huelva, Cádiz, Algeciras, Almuñécar, Almería y Tarragona, siendo Abderramán III el que más brillo dio a las empresas de esta Marina al disputar el Califato de Córdoba el dominio del Mediterráneo al califa del Cairo.

A principios del siglo XIII, los aragoneses, que acusaban los daños que en las costas catalanas le ocasionaban los piratas levantinos, sobre todo los de Baleares, comenzaron sus expediciones contra Mallorca y Almería. Fletando en un principio naves de Pisa, y más tarde con las construidas en sus propias



atarazanas, pudo el rey Jaime I conquistar Mallorca en 1229, poco después el resto del archipiélago balear y en 1238 Valencia, después de batir cerca de Peñíscola a una flota de 12 fustas y 6 zabras enviada desde Túnez. La ocupación de Baleares tuvo como consecuencia la conquista de toda la costa del levante español. En este mismo siglo, una vez minado el poder de los almohades, las monarquías cristianas empiezan a asomarse al Mediterráneo utilizando las Marinas de Pisa y Génova que, junto con la de Venecia, explotaban el comercio de este mar, bien contratando sus buques en los puertos de Barcelona, Valencia y Sevilla, o bien tomándolas como referencia para construir las propias, teniendo lugar encuentros entre las armadas cristianas de Aragón y Castilla con las mahometanas.

En el sitio de Sevilla por Fernando III, rey de Castilla, el almirante Bonifaz organizó en Cantabria una flota que luego llevó al Guadalquivir para bloquear esta ciudad e impedir que llegasen refuerzos del norte de África, batiendo en la desembocadura a una flotilla compuesta por 20 saetías, zabras y cárbos del rey de Fez y de los piratas de Ceuta y Tánger. Después remontó el río, contribuyendo de forma decisiva a la caída de Sevilla en el año 1248.

La ocupación de Sevilla facilitó a los cristianos una base natural para operar en el Estrecho, y ello permitió al almirante Martínez de la Fe caer sobre Cádiz y apoderarse de esta ciudad; sin embargo, se hace necesario señalar que, mientras Castilla estuvo privada del litoral andaluz, no pudo explotar las rutas del Mediterráneo, y en cambio las tres marinas de la corona de Aragón (Cataluña, Valencia y Baleares) sí que pueden dedicarse al lucrativo comercio con oriente, aunque para defenderlo enseguida tienen que esforzarse en las luchas contra los piratas berberiscos.

En 1264 dan comienzo estas campañas con tan buen resultado que el propio rey de Fez, a quien también molestaban los piratas que operaban desde Ceuta, solicita auxilio al de Aragón que, con una escuadra al mando del infante D. Pedro Ferrando unida a la del rey de Fez, contribuye a la toma de Ceuta en 1273 por este último, destruyendo en su puerto una gran cantidad de embarcaciones dedicadas a la piratería.

Sin embargo los piratas de Tremecén y Túnez continúan dificultando el comercio de Aragón, por lo que el Rey envió una flota, al mando de Conrado de Lanza, que atacó Túnez desembarcando fuerzas que destruyeron una gran cantidad de embarcaciones basadas en este puerto y que sorprendieron durante su regreso a una flota mora, a la que aniquilaron. De este modo se inició la lucha de las naciones cristianas contra la piratería musulmana, en una época en que berberiscos y andaluces constituían una sola familia.

Las ciudades de la confederación catalano-aragonesa constituían ligas, aparejando en común flotillas de cuatro o seis unidades para su autodefensa. El servicio de guardacostas se realizaba con eficacia, tanto en aguas de Cataluña, como Baleares y Valencia, mediante la formación de una liga de ciudades costeras para la defensa de sus aguas; pero resultaba muy oneroso, al

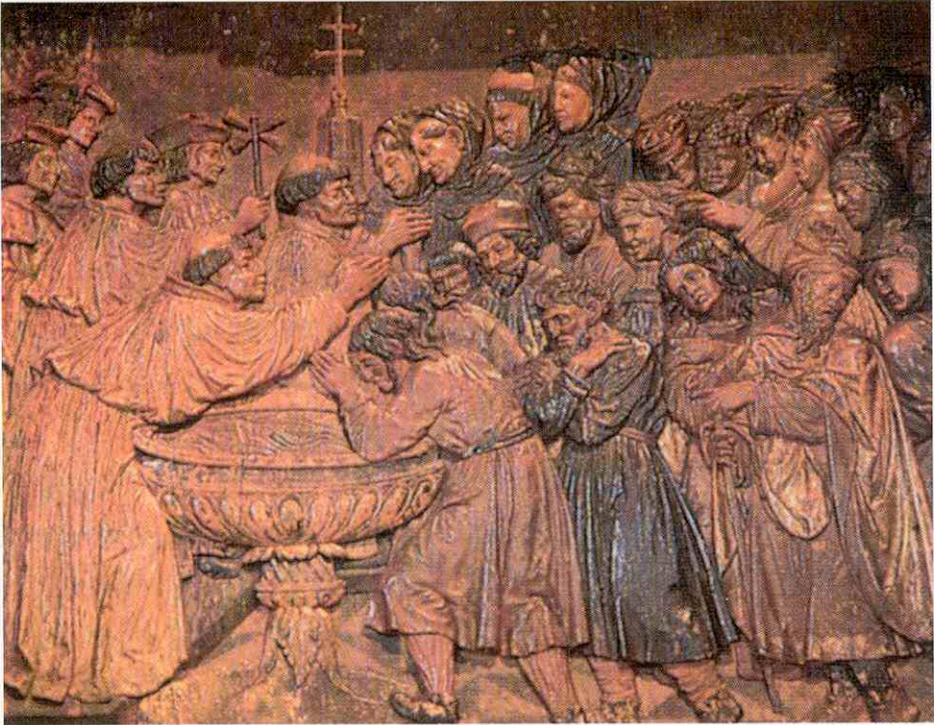
tratarse de operaciones menores como la vigilancia costera o la búsqueda, localización y eliminación de un número reducido de piratas. Por ello se procedía, con frecuencia, a la contratación de naves que frecuentaban las playas y costas de los graos.

Mientras los aragoneses extienden su política al exterior, Castilla tiene que luchar por su existencia contra los nuevos invasores: los benimerines. Faltos de marina, recurren a Génova para que les proporcione ayuda, por medio de las escuadras del almirante Micer Benito Zacharias, con el fin de atacar a la gran escuadra marroquí que domina las aguas del Estrecho y que proporciona constantes refuerzos a los reinos de Granada y Murcia. Así, tiene lugar un enfrentamiento naval en el que quedan victoriosos los castellano-genoveses. En 1292, durante el sitio de Tarifa por el rey Sancho IV, los marroquíes envían otra escuadra que, al avistar a la del almirante Zacharías, se retira sobre Tánger, donde es destruida y quedan en poder de los castellanos 13 de sus 27 galeras. Con el auxilio de la escuadra aragonesa del almirante Monteliu, Tarifa fue rendida en 1293.

La política expansiva de Aragón le llevó a conquistar Sicilia expulsando a los franceses de esta isla, y garantizar de este modo el comercio con Oriente. Allí quedó estacionada la escuadra aragonesa al mando de Roger de Lauria, el cual, en cuanto se lo permitió la guerra contra los franceses, se dirigió a Túnez para efectuar un desembarco en la isla de los Gelves (1285), apoderándose de ella y construyendo un castillo frente al canal que la separa de África; allí también se hacen con la isla de los Querquenes. Aragón mira siempre al exterior y desarrolla su Marina, y a Aragón tiene que recurrir Castilla, que continuaba empeñada en la Reconquista, en su lucha contra los benimerines, que habían fomentado mucho la Marina a principios del siglo XIV, convirtiendo a Algeciras y Gibraltar en importantes apostaderos navales en los que mantenían escuadras de 140 galeras para proteger el transporte de tropas desde el norte de África.

En el curso del siglo XIV alcanzó su apogeo el prestigio de la Marina aragonesa. La Corona de Aragón dominaba la cuenca occidental del Mediterráneo con la posesión de Baleares, Cerdeña y Sicilia, recibiendo vasallaje de los príncipes de Túnez y Tremecén. Mientras tanto, la Marina de Castilla cosechaba triunfos en el norte de Europa, pero resultaba insuficiente en el Mediterráneo para impedir que los andaluces recibieran refuerzos de África. Aunque Pero Niño, en 1401, corrió las costas de la Península y Berbería hasta Túnez, limpiándolas de piratas, más adelante fue necesario organizar una escuadra en el Estrecho, ya que la guerra contra Inglaterra había obligado a descuidar la costa sur de la Península. Con esta nueva escuadra, el almirante Alfonso Enríquez logró derrotar a una escuadra berberisca muy superior en el año 1407.

En 1415 tuvo lugar la conquista de Ceuta por D. Juan de Portugal, tras una larga lucha entre la expedición organizada por este rey contra las fuerzas del rey de Fez, Muley Abu-Said, y la escuadra del rey de Granada, al mando de su



Retablo Mayor de la Capilla Real de Granada. Bautismo de moriscos granadinos. Bajorrelieve.

hijo Muley Zaide. Los dos perdieron la vida en defensa de esta plaza que los moros tanto estimaban. Era Ceuta un auténtico nido de piratas y su estratégica posición en el Estrecho constituye, junto con Gibraltar, el puente de paso de las expediciones a la Península. Esta conquista de los portugueses aceleró el proceso de la Reconquista. En 1462 fue conquistado Gibraltar, le siguió Málaga en 1487, Almería en 1489 y en este proceso tuvo mucho que ver, además de la caída de Ceuta, el dominio del Estrecho efectuado por las escuadras castellana y aragonesa de los almirantes Enríquez y Requesens. Cortadas, mediante esta acción conjunta de las dos escuadras nacionales, las comunicaciones del reino de Granada con los también reinos de Taifas en que había quedado dividida Berbería, fundamentalmente Fez, Tremecén y Túnez, cayó Granada en poder de los Reyes Católicos en enero de 1492.

No obstante, quedaban aún muchísimos musulimes en España, ya que siete siglos de convivencia entre íberos y berberiscos tendieron a asimilarlos bastante y, aunque durante la Reconquista acudieron a España guerreros del norte y centro de Europa, esas aportaciones eran más pequeñas que los aluviones de berberiscos, pues los árabes eran los menos en las sucesivas invasiones

de almohades, almorávides y benimerínes. Esta mezcla de aluviones humanos, que tuvimos primero en el sur de la Península y luego se desplazó a Marruecos, dificulta al antropólogo encontrar significativas diferencias entre los andaluces cristianos y los moros islamitas. Si bien los tres pueblos, cristianos, musulmanes españoles y musulmanes del Magreb, estaban separados por el fanatismo religioso y guerrero de la Edad Media, también existieron grandes afinidades entre ellos, siendo frecuentes a lo largo de la historia las uniones entre monarcas españoles con musulmanas, así como reyes moros casados con cristianas.

Poco después de que las armas de Castilla y Aragón empezaran a aparecer por los puertos de Levante y Andalucía, dio comienzo la emigración de los comerciales musulmanes a las costas de Berbería y Oriente, estableciéndose en los lugares donde eran bien recibidos por contar con sucursales que les facilitaban su actividad. Otros que por carecer de fortuna, por patriotismo o por esperar un cambio favorable no lo hicieron, como mudéjares o moriscos, fueron considerados sospechosos después de la dominación cristiana. Por ello, la nueva savia que va a dar vigor a la población del litoral de Berbería no está envenenada por el odio contra la tierra de Al Andalus que guarda los restos de sus mayores, sino contra los conquistadores de la religión a ellos extraña. Aquellos que procedían del litoral eran gente marinera que conocían bien las características y recovecos de la costa, y en connivencia con sus hermanos moriscos, que todavía vivían allí, se dedicaron con embarcaciones a la pirate-



Buques hispanos en Orán. Detalle.

ría. Por lo tanto, los piratas berberiscos, hijos en gran parte de los moriscos andaluces, adoptaron esta condición como consecuencia del rencor ocasionado por su expulsión, sentimiento que luego se extendió por todo el Islam y acarreó la intervención de los turcos que, por aquel entonces, ejercían una importante hegemonía en la cuenca oriental del Mediterráneo.

Eran los turcos asiáticos nómadas que, ya en el siglo v, se habían establecido entre el río Volga y los montes Urales, extendiéndose más adelante por Siria, Irán y Asia Menor. En estas tierras tomaron contacto con la religión musulmana, que acabaron adoptando. Ya en el siglo xi, durante la dinastía de Otmán, de donde se deriva la palabra otomano, se convirtieron en un gran imperio que dominaba Asia central y sudoccidental. La caída de Constantinopla en sus manos, en 1453, capital del último reducto cristiano en la zona, constituyó un hecho nefasto para la paz en el Mediterráneo. Desde esta gran ciudad, a la que dieron el nombre de Istanbul, comenzaron una ofensiva por tierra hacia los Balcanes y otra por mar hacia el Mediterráneo occidental, en donde encontraron apoyo en los pequeños emiratos del norte de África.

Al tomar Constantinopla, Mohamed II reúne una flota de 480 buques que le permite irrumpir en el Mediterráneo, en 1470, emprendiendo la tarea de expulsar a los venecianos de Grecia, como antes había hecho con los genoveses en el Mar Negro. Sus continuos éxitos hacen que los pontífices exhorten a los estados cristianos a defenderse contra los musulmanes como en tiempos de las Cruzadas. Los turcos, cada vez más audaces, se presentan con una escuadra de 100 velas ante Otranto, tomándola por asalto y llevándose cautivos a los habitantes que escapan con vida. La alarma sube de tono al derrotar la escuadra turca de Daud Pachá a la veneciana de Antonio Grimani, en 1499, en las proximidades de cabo Navarino. Estas noticias, recibidas por los moriscos a través de sus hermanos establecidos en las costas de Berbería, que a la vez mostraban descontento por las medidas adoptadas por el cardenal Cisneros forzándoles a convertirse al catolicismo, dieron lugar lugar en este año de 1499 a un levantamiento de moriscos y mudéjares en el Albaicín, que rápidamente se extendió a la Alpujarra, haciéndose fuertes en Adra y Castil de Ferro para comunicar, desde estas posiciones costeras, con sus hermanos en Berbería.

La insurrección fue pronto sometida por el conde de Tendilla y, en febrero de 1502, se proclama una ley por la que los españoles musulmanes mayores de catorce años que no quieran ser bautizados tienen que abandonar la tierra española. Muchos lo hicieron, pero la mayoría, con tal de quedarse en su país, optaron por una más o menos sincera conversión. Sin embargo, estas medidas favorecían el establecimiento, cada vez mayor, de piratas en las costas de Berbería.

La mayor parte de los que se fueron se estableció en el Maghred-al-Aksa, en el litoral de Berbería. Otros se dirigieron a Fez y Mequinez en busca de una mayor seguridad, y muchos de ellos se concentraron en Tetuán y Rabat, que de nuevo volvieron a poblarse. También los hubo que se dirigieron al Princi-

pado de Tremecén, aunque allí tuvieron más dificultades por el uso de determinadas costumbres, como el empleo del castellano y el no cubrirse las mujeres la cara. Los que se dirigieron a Túnez fueron muy bien recibidos por lo despoblado que se encontraba este reino. Los moriscos prendieron la llama contra el cristianismo no sólo en las costas de Berbería, sino que el fuego islámico se extendió por Asia hasta Damasco y Bohara, lo que favoreció a todos los príncipes de Berbería, incluyendo el soldan de Egipto y al emperador otomano.

En el frontón del África Menor, las flotas de España y sus estados italianos se batieron en defensa de la civilización cristiana u occidental, y los nombres de Gomera, Nekor, Cazaza, Melilla, Mazalquivir, Orán, Mostagan, Cherchel, Argel, Bugía, Gigeli, Acoll, Bona, Bizerta, Puerto Farina, La Goleta, Túnez, Mehedía, Alfaques, Quérquenes, Los Gelves, Tolometa, Trípoli, etc., siempre señalarán el esfuerzo de aquellas defendiendo los intereses de Europa frente al Islam.

BIBLIOGRAFIA

- CEBRIÁN Y SAURA, José: *Páginas gloriosas de la Marina de Guerra*.
 MADARIAGA Y SUÁREZ, Federico de: *Apuntes Históricos acerca de la Marina Militar Española*.
 CARRANZA, Fernando de: *La Guerra Santa por mar de los corsarios berberiscos*.
 GUILLÉN, Julio F.: *Historia Marítima Española*.
 RAMÍREZ GABARRÚS, Manuel: *La construcción naval española*.
 CEREZO MARTÍNEZ, Ricardo: *La Proyección Marítima de España en la época de los Reyes Católicos*.
 OTERO LANA, Enrique: *Los corsarios españoles durante la decadencia de los Austrias*.
 CASTELLANOS, Padre: *Historia de Marruecos*.
 GALINDO, León: *Historia de las posesiones españolas en África*.
 MASÍA DE ROS, Ángeles: *Historia general de la piratería*.
 National Maritime Museum (Greenwich): *Piracy and privateering*.
 OCAÑA TORRES, Mario L.: *Curso y corsarios en el Estrecho de Gibraltar*.
 COINDREAU ROGER, Roger: *Les corsaires de Salé*.
 RAURICH, Salvador: *La piratería berberisca en las costas de Cataluña*. REVISTA GENERAL DE MARINA. *La piratería en las costas de España y las Islas Baleares*. REVISTA GENERAL DE MARINA.
Enciclopedia General del mar.
 SÁNCHEZ RUANO, Francisco: *El Imperio Español en el Marruecos Atlántico*. Revista de Historia Naval.
 DÍAZ BORRAS, Andrés: *La lucha anticorsaria en Valencia durante la Edad Media: el episodio protagonizado por Pere Cabanyelles (1417-1418)*. Revista de Historia Naval.
 GUTIÉRREZ DE LA CÁMARA SEÑÁN, José Manuel: *Los corsarios de Salé*. Revista de Historia Naval.